

ALONDRA DEL LOCUTORIO

ANDRÉ BRETON

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel



El ensueño... ¿Acaso es posible detener al pasar a esa persona huidiza, que se propone aprovechar más que nada nuestros momentos de descuido? Todos saben que tiene su palacio muy arriba en el aire y que ese palacio es de los más móviles. Puede suceder que el ojo humano renuncie por un instante a la facultad de ver y se encuentre solicitado por un punto virgen del espacio, hasta abstraerse de todo lo que no sea él y no poder desprenderse mientras la fijeza misma de la contemplación no lo lleve a perderse en la trayectoria de un fosfeno. Es una sensación bastante compleja, supongo que todos la han experimentado: cuando se analiza, es algo muy agradable mezclado con algo bastante pesado, como en todo lo que es de carácter hipnótico, sin duda, pero pienso que en general es mucho menos frecuente analizarla que entregarse a ella. En todo caso es un instante valioso, y también se puede (se vale) soñar con él. Es como si una de las ventanas del palacio acabara de abrirse y enmarcara al Ensueño en persona con la seducción irresistible que ejercen las primeras heroínas de Maeterlinck. Cuando termina el encanto, también se puede pensar —mífticamente— que un dragón retomó su guardia alrededor del palacio, que su clamor llena de nuevo las bóvedas y que la ventana se ha cerrado.

El ensueño... sí, debe tener rasgos bastante distintos para cada uno de nosotros, aunque nos comuniquemos sin dificultad con el de éste o el de aquél, y el de los poetas a veces someta al nuestro. Del mismo modo, la fuerza apremiante que cuida durante el día que el ensueño no se poseione demasiado tiempo de nosotros dispone de medios bastantes variables. En mi caso se me presentan uno con el aspecto de una transparencia total, el otro con el de una opacidad absoluta. Digamos: una joven maravillosa, imprevisible, tierna, enigmática, provocativa, a la que nunca pido cuenta de sus fugas, culpándome sólo a mí mismo: será el ensueño de un hombre entrado en años, pesado, duro y estirado, que casi no la pierde de vista; parece estar ahí sólo para maltratarla y alejarla de mí, cada vez que estamos juntos, haciendo valer derechos de autor. En el secreto de mi corazón, se llaman respectivamente Titania y Garo. Una vez hechas las presentaciones dejaré que se mani-

fiesten en un momento ellos mismos: no dudo que los conozcan ustedes con otros nombres, incluso con otras apariencias. Sólo puedo dar testimonio de su modo de comportarse bajo mi techo.

El día se filtra por las cortinas. Para evocarlo, nadie ha encontrado un estilo más feliz que el de Charles Cros:

*He aquí que la mañana azul llega a la almohada
Y apaga, del fogón, resplandores naranjas.*

Pero casi enseguida otra voz, aún más sobrecogedora, se deja oír. Dice así: *¿Tiene siempre que renacer la mañana? ¿Nunca tendrá fin la dominación de lo terrestre? Una actividad funesta retrasa la llegada celeste de la Noche. ¿Nunca podrá arder eternamente el sacrificio oculto del Amor? Al Día le fue destinada una duración limitada; pero el dominio de la Noche no conoce duración o espacio.* El que habla así se llama Novalis y dudo que algún verdadero poeta lo contradiga jamás.

Como sea, los ojos se abren. Las extrañas creaturas que poblaban el sueño se hundieron precipitadamente en el olvido: hay empresas a las que uno se sustrae con gran placer, en general con mucha diligencia, hay otras que uno se toma el tiempo de añorar. Se fijan por un instante fragmentos de recuerdos, pero no son sino velos a la Goya que ocultan la desbandada desordenada de esos seres; algunos le disparaban a lo mejor, otros a lo peor y todos están impacientes por volver al muro. No sería imposible reconstituir sus actos nocturnos y observar sin pánico alguno lo que fueron las emociones que nos suscitaron. Incluso los medios técnicos para ello nos fueron dados por un autor irlandés, John Dunne, en una obra cautivadora traducida al francés con el título *Le temps et le rêve*. Curiosa fisonomía la de John Dunne, especializado en aerodinámica, que inventó y pilotó el primer avión sin cola llamado el "pterodáctilo" y que, para lo que nos interesa aquí, se comprometió a explicar en la obra que cité la precognición a partir de un "aspecto inadvertido de la estructura del tiempo". Mientras se toman el trabajo de discutir sus

tesis, ni siquiera me atrevo a esperar que su método para atrapar nuestros sueños al despertar haya dado a muchos las ganas de experimentarlo.

Este imperio de la Sombra, del que al despertar se ve expulsado tan vivamente nuestro espíritu, que actuaba de modo extraviado y que de golpe nos cierra todas sus puertas, cede su lugar al mundo organizado de todos los días, que enlazamos fácilmente al de la víspera. Con cada cosa en su lugar, la vida activa recupera el curso previsto y emplea la nueva energía que aspira a prodigarse. Si se demoran en caso extraordinario, los últimos fantasmás se desvanecen ahuyentados con la mano. Se ha dicho bastante que la vigilia difiere del sueño sólo hasta cierto punto, que se le tiene como vida real solo en razón de su constancia y de su continuidad, las cuales —vistas de cerca— aún tienen lagunas, pero la mayoría de nosotros se alza de hombros ante la insinuación de que esa vigilia no es la única. En contra suya, el surrealismo se caracteriza por haber sostenido sin cesar que, si el hombre no se hubiera decidido a hacer tabla rasa de la vida onírica hace mucho, seguramente no estaría en donde está. Si, como dijimos, los primitivos y los niños desconocen esos sufrimientos que son los nuestros, es porque para ellos un puente no ha dejado de unir las dos orillas. En su muy hermosa obra *La magie et le mystère de la femme*, Lotus de Paini enseña la persistencia de ese puente que une al mundo exterior con el mundo interior entre los hombres de las lejanías, el aborigen australiano, el indio o el zulú. Y yo recuerdo haber asistido, bien despierto y muy niño, a un duelo en miniatura extremadamente animado y rico en colores, que abundaba en sabias fintas sobre el tapete, ahí, al pie de mi cama.

¿Qué nos queda de todo lo que se ve abolido por el paso de la noche a la mañana, y que es nada menos que el sentido de la armonía universal, como lo proclaman algunos? ¿Acaso no hay nada que, si es preciso, pueda hacer las veces de ese puente que explotó? ¿Realmente estamos tan desprovistos encima de semejante abismo que no podemos tender una pasarela?

Enciendo el primer cigarrillo de la mañana; bien puedo darme todavía unos momentos antes de atender las obligaciones que me esperan y que harán de este día, el mío, algo que embona casi perfectamente con el día de los demás. Un día cuyo uso externo rigen postulados que sería peligroso poner en tela de juicio. Una bocanada más de este cigarrillo...

Entonces me doy cuenta de que no estoy solo. Con los cabellos al viento, la veo girar —avanza, se aleja— en su traje casero de humo. Es claro que viene del otro lado del espejo, que las fuerzas de la noche me la delegaron al retirarse.

—¿Qué joven estás a esta hora, Titania! ¿Sabes a quién me recuerdas? A esa niña con un aro que aparece

en un cuadro de Giorgio de Chirico titulado: "Melancolía y misterio de una calle". Hay por cierto un coche de mudanzas en el primer plano y ese coche amarillo siempre me ha parecido encargado del tránsito del mobiliario nocturno al mobiliario diurno y a la inversa. ¿Pero estás sola, por lo que veo?

TITANIA

¡Oh! Siempre me puedo escapar temprano por la mañana, ¡pero tan poco! Aprovecho el momento en que todavía ronca y sabes que por nada del mundo renunciaría a leer su periódico: desaparezo detrás de las alas de la cofia...

YO

Siéntate. ¡Ah! es cierto que no quieres café. Dame tus manos, déjame verte. Todavía no hay demasiado sol: sabes que no me canso de oírte hablar de todo lo que está escondido.

TITANIA

¿Qué se hizo la época en que teníamos todo el tiempo de estar juntos, cómo le llamabas a eso: ¿la escritura automática, creo? ¿Pero ya te lo dije todo, no? ¿No te basta con mirar a tu alrededor? Sabes muy bien que todo esto sólo está petrificado por la vida práctica, que bastaría una varita mágica...

YO

Lo sé. Es una pendiente irresistible, es el declive sembrado de flores medievales ante el cual estoy seguro que te encontraré a cualquier hora del día. *Lo sé*, incluso soy uno de los que pueden decir que se formaron con eso una segunda conciencia, lo utilitario nos oculta la verdadera vida de las cosas: el metal de esta cuchara sólo duerme, permanece unido al filón del que proviene por un hilo invisible, a la madera de que está hecho ese mueble la recorren venas que todavía se inyectan bastante luz para que piense que no ha dejado de participar de la gloria de los bosques. Sin que eso haga abarcar todo el desarrollo de la rueda cósmica, al menos permite recoger un rayo de ella.

TITANIA

Hay muchos otros a los que hice recogerlo antes que a ti.

YO

Claro, Tita. A Nerval, por ejemplo:

*Hombre, libre pensador, ¿te crees el único que piensa
En este mundo en que la vida estalla en todas las cosas?*

Y sin duda a Mallarmé, en "Frisson d'hiver":

Y tu espejo de Venecia, profundo como una fría fuente, en una ribera de sierpes desdoradas, que ahí se contempló?

Hay ahí inflexiones que no engañan, tú les estás soplando, pero no estoy celoso.

TITANIA

Eso espero. ¡Shhh! Apaga tu cigarrillo. (Al mismo tiempo desapareció).

YO

Buenos días, Garo.

GARO

¡Hola! Estoy buscando a Titania. ¡Qué chiquilla tan insoportable! ¡Al menos no ha venido a molestarlo! Creo saber que usted la consiente, pero le prohíbo ser inoportuna. Tiene otra cosa que hacer que escuchar sus tonterías.

YO

No, hace varios días que no la veo. Es curioso, incluso, pues usted y yo vivimos puerta con puerta. No se preocupe, no debe estar muy lejos... ¿Y qué hay de nuevo, Garo?

GARO

Bastantes cosas interesantes. El debate agrícola será difícil para el presidente, pero las barricadas van a caer ante la ocupación de Guéret por los C.R.S. Eh... el kilo de pasta Mistigri sigue a 312 francos, oiga, ya es algo. Sobre lo de Trieste, Tito amenaza, es cierto, pero al mismo tiempo sugiere un plan de negociaciones. Eh... el Papa dejó la reserva a la que está obligado, para manifestar toda su compasión ante el destino de la clase obrera.

YO

¡Ah!

GARO

Dijo: "El trabajador espera de sus jefes la inteligencia de sus necesidades."

YO

Sí, en efecto. La sigue esperando.

GARO

Le dije a esa Titania que me esperara; le prometo que voy a sacudirle las pulgas... Se me olvidaba: sobre la insuficiencia de los salarios, me citaron una bella frase de escritor que anoté para usted: "Quince mil francos al mes, una vida de obrero, y Tristán ya no tiene nada que decirle a Isolda." ¿Verdad que es hermoso, que suena bien?

YO

Sí, es decir... bueno...

GARO

Lo dejo. Me olvido de lo valioso que es su tiempo, estoy abusando.

YO

No, no, al contrario, me ayudó a empezar el día.

Héme aquí pues, atendiendo las ocupaciones que me impone la vida, atrapado en el circuito como los demás. Por cierto que Garo no siempre es tan discreto. No es raro que se instale en mi casa para concentrarse en sus libros de cuentas. Esos días Titania no se deja ver mucho. Debí sentarla delante del piano en la pieza vecina. Pero cuando ha llenado un buen número de páginas en su gran registro, puede ocurrir que le dé un poco de sueño, y no hace falta más para que Titania vuelva de puntillas.

TITANIA

¿Qué haces? Yo, nada (*canturrea unas notas*). Dime, ¿no te molesta mucho la presencia de todos estos objetos a tu alrededor? Sabes que no son de ninguna manera "seres de razón". Qué te puedo decir... Tan solo todas esas figuras de Oceanía, de América, y quién sabe qué más, que te están mirando. Estoy segura de que a cada instante hay una que te detiene al pasar. ¿No ves moverse las hojas detrás de cada una, no escuchas ruidos acompañados?

YO

Sí, incluso percibo el murmullo de los hombres de las lejanías —otra vez ellos—, trato de interpretarlo a gran distancia y no me parece hostil de ningún modo. Me arrulla a ciertas horas, me saca de la miopía de mi propia existencia y de su ambiente para ponerme de nuevo en comunicación con las fuerzas elementales.

TITANIA

¿Qué fuerzas son?

YO

Lo sabes muy bien, pero déjame decírtelo. Para mí, si quieres, la definición de esas fuerzas se adecuaría a la lección de esos "Textos del siglo XX", muy misteriosos, que Denis Saurat reveló en *Les Dieux du peuple*. Acuérdate:

Un bosque es una fuerza además de los espíritus que están en cada árbol. Los espíritus en los árboles son buenos: la fuerza llama al temor. Por eso un perro lo ayuda a uno cuando atraviesa el bosque: un perro es amistoso, no tiene miedo, y dispersa la fuerza por delante.

TITANIA

Sí, opino exactamente lo mismo. Oye, además eso pasa de un reino a otro, de una especie a otra, de cualquier categoría a cualquier otra, trátase de seres animados o aparentemente inanimados, ¿no es cierto?

YO

Pero mete a esos pájaros en una jaula: su brillo, su jugueteo, su canto, el remordimiento mismo que nos da su privación de libertad, ¿acaso todo eso va más allá del plano virtual? Los mismos textos hablan de mundos de pájaros, mundos muy superiores al nuestro, de los que sólo conoceríamos migajas (lentejuelas). Debo decir que no coincido con varias opiniones que se manifiestan al respecto: en lo que toca a Cristo, ese es otro cantar...

TITANIA

Los pájaros, con más razón los insectos... Sabes que no puedo olvidar aquel escarabajo de oro que admirábamos el otro día en la colección Oberthür. Oberthür, ¿Cómo se traduciría eso?

YO

Pues... la puerta de arriba, creo.

TITANIA

Qué bien cae, ¿no te parece? Nunca se ha visto algo tan fascinante. El escarabajo de oro... Sabes que debe ser muy raro: viste con cuánto cuidado montaron ese ejemplar. Entiendo que Poe haya construido un laberinto alrededor de ese animal. Ese animal... o esa llave, no se sabe muy bien. Valdría la pena ir a Panamá para buscarlo.

YO

¿No se deberá su atractivo a una analogía ingenua que se establece con el oro filosofal? Ese escarabajo, oro que corre, que vuela cuando lo quieren atrapar... Sin embargo lo consiguieron.

TITANIA

Tal vez. Debe ser su ambigüedad lo que lo hace tan valioso. Es como esas piedras que recogiste no sé dónde, veo tantas en este cuarto, dispersas o reunidas en copas...

YO

Recuerdo que Victor Hugo, en una época oscura de su vida, pensó que los guijarros podían ser los muertos. Hay tantos, en efecto, que ya no nos dicen nada. Pero en cambio, otros como éstos: un ágata-musgo que claramente encierra un fragmento de partitura musical, un cuarzo, otro cuarzo, siempre otro cuarzo en su esplendor romano de luz total, una labradorita toda lustrada

con alas de morfos. Si también esos son muertos, ¿quiénes son? En todo caso los necesito. Pero ten cuidado.

GARO (*despertando*).

Aquí estás. Pues qué buena cara tienes, ¿qué no tienes peine? ¿De dónde vienes?

YO

Acaba de llegar. Lo estaba buscando.

GARO

Está bien. Y ahora, nos vas a dejar trabajar, supongo. ¿Qué hora es? Vamos, vuelve a tu piano.

* * *

Pasan las horas. Después de comer, Garo le da alguna vacación. A mí también. Aprovecho para dejar que pase ante mis ojos, a veces la selva como la pintó Henri Rousseau, a veces el mar, mientras ella se columpia arriba en una hamaca. Hablamos poco: canturrea viejas canciones, más bien en lenguas extranjeras.

* * *

Garo se muestra especialmente vigilante por la tarde. ¡Cuidado! no hay un minuto que perder, hacer frente, lo lograremos apenas, rigor antes que nada, un gato es sólo un gato... ¡ah, todo lo que oigo! ¿Y usted? Por fortuna, cuando salgo, con artimañas de sioux, me alcanza rápidamente en la calle. Si no es en la primera esquina, es en la siguiente. Cuando ve que tengo prisa, sólo me acompaña un poco; es un triunfo cuando renuncio para ella al fin que me había propuesto, o cuando descubre que no lo tenía. Entonces me lleva con mucho gusto a tales regiones del viejo París, que oscilan entre los barrios del Entrepôt o del Temple. A veces uno se encuentra ahí la sombra de Apollinaire:

*Cuando un hombre sin ojos sin nariz sin orejas
Dejando el Sébaste entró en la calle Aubry-le-Boucher*

TITANIA

¿No te parece que hay algo imantado por aquí? No vayas tan rápido, tenemos tiempo. ¿No parece que de un segundo a otro va a producirse un acontecimiento muy singular, un acontecimiento que tiene que ver con nosotros? Es como si toda esta agitación exterior sólo tuviera por objeto enturbiar para nosotros las cosas realmente significativas que suceden. Debe de haber en algún lado un botón que baste oprimir, como en las entradas del metro, para disipar lo superfluo. De inmediato, no sólo son trayectos los que se iluminan, sino, en capas bien circunscritas, todo lo que realmente tiene que ver con nosotros, excluyendo lo demás. Hay una

segunda vida de la ciudad mucho más exaltante, pero sólo la percibimos todavía de un modo muy fugitivo. Hace un momento, era esa ventana que un halo destacaba de todas las demás; mira ese escaparate también, como los que notamos a menudo, que agrupa en desorden objetos de un uso más que problemático. ¿Quién podrá necesitar eso? Nadie. Seguramente es una pantalla para ocultar algo muy distinto. Pero no dices nada.

Yo

No, creí ver a Garo, pero debo haberme equivocado... Sabes que para mí no hay nada más importante que ese tipo de señales. Hace poco, a la hora del postre, con unos amigos, ocurrió que yo alabara la suculencia de una tarta que nos sirvieron hace varios años en una casa de huéspedes de Soloña; aparecía en el menú con el nom-

bre de "soloñota". Imposible recordar con exactitud en dónde fue. Unos días después, esperaba en un café de Cahors la hora del tren que debía regresarme a París, y una joven amiga extranjera que se disponía a cruzar Soloña en coche me pidió que verificara el nombre de la tarta que había memorizado en un cuaderno. Había escrito "soloñeta", y al rectificar la ortografía de la palabra, busqué de nuevo en donde pude haber probado ese pastel, en vano. Resulta que mi tren se descarriló (nada grave): sí, al acercarnos a una pequeña estación, el furgón y varios vagones tomaron una vía equivocada y se metieron en la arena. Nos separaban unos metros de la estación, cuyo nombre se podía leer: La Ferté Saint-Aubin. ¡El nombre del lugar olvidado! ♫

PARÍS, OCTUBRE DE 1953.



Sin título, 1919